

ARTÍCULO-RESEÑA

MODERNIDADES COLONIALES Y NO COLONIALES

DAVID N. LORENZEN

El Colegio de México

En el transcurso de los últimos siete o ocho años, Saurabh Dube y yo hemos impartido juntos varios cursos-seminarios. Por “juntos” quiero decir que ambos asistimos a cada clase y cada uno presentamos y debatimos nuestros puntos de vista, tanto entre nosotros como con nuestros estudiantes, sobre las lecturas asignadas.¹ El último seminario que impartimos de esta manera, hace un año, tenía como tema “la historiografía y el mundo moderno”.

En los seminarios normalmente logramos estar de acuerdo casi tan frecuentemente como estuvimos en desacuerdo; sin embargo, en el caso del seminario sobre la historiografía y el mundo moderno casi siempre tuvimos serias diferencias de opinión y a veces nuestras discusiones llegaron a espantar un poco a nuestros estudiantes.

Al preparar este comentario sobre la excelente colección *Modernidades coloniales*, compilada por Saurabh, Ishita Banerjee y Walter Mignolo, la pregunta principal que me hice fue: “¿Por qué estuvimos en nuestro seminario tan en desacuerdo sobre los temas que también forman el centro de discusión de este libro? Para anticipar mi conclusión, quiero sugerir que la mayoría de nuestros desacuerdos dimana de dos diferentes mane-

¹ Esta reseña se basa en un comentario ofrecido en la presentación del libro *Modernidades coloniales* (compilado por S. Dube, I. Banerjee y W. Mignolo, México, El Colegio de México, 2004) celebrada en El Colegio de México en noviembre de 2005.

ras de enfocar el concepto de la modernidad. Simplificando mucho: lo que Saurabh y algunos otros participantes en la colección parecen proponer es que la modernidad es sobre todo una norma conceptual, un ideal, que en gran medida determina cómo la modernidad empírica se desenvuelve en el curso de la historia. Mi punto de vista es que la modernidad es menos una norma y más una abstracción conceptual o una síntesis derivada de las características empíricas de las sociedades modernas. O sea —*déjà vu* una vez más— estamos de vuelta en la antigua y trillada disputa entre los platónicos y los aristotélicos. Por supuesto ni uno ni otro punto de vista puede ser absoluto; ambos tienen que admitir que existe un importante elemento de interacción dialéctica entre las maneras en que concebimos el mundo moderno y las características empíricas de este mundo. No obstante, la diferencia entre estos dos enfoques es una diferencia importante. En el caso de por lo menos tres de los autores de la colección —Saurabh, Enrique Dussel y Walter Mignolo— la modernidad toma la forma de la Idea platónica, de la cual las múltiples modernidades empíricas son sombras fugaces que tienen importancia claramente secundaria.

Al principio de su introducción al volumen, Saurabh escribe lo siguiente (p. 14):

[...] Hasta poco antes de nuestra época, los diseños predominantes de una modernidad en singular estaban siendo cuestionados cada vez con mayor frecuencia por insinuaciones rivales de modernidades heterogéneas. Tales exploraciones han considerado de manera crítica las articulaciones divergentes y las representaciones discretas de lo moderno y la modernidad que dieron forma y suturaron al imperio, la nación y la globalización. A resultas de esto la(s) propia(s) modernidad(es) ha(n) demostrado ser procesos contradictorios y contingentes de cultura y control, historias disputadas y abigarradas de significado y dominio, en lo que se refiere a su formación, su sedimentación y su elaboración.

A pesar de la formulación algo abstracta de este pasaje, creo que el punto básico es suficientemente claro. Para citarlo una vez más: “las articulaciones divergentes y las representaciones discretas de lo moderno y la modernidad [...] dieron forma y suturaron al imperio, la nación y la globalización”. En otras palabras, no son el imperio, la nación y la globalización

las cosas que dieron forma y suturaron a las articulaciones divergentes y las representaciones discretas de lo moderno y la modernidad, sino todo lo contrario. Aun admitiendo cierta interacción dialéctica entre el concepto normativo y la realidad empírica de lo moderno y la modernidad, en mi opinión este énfasis en la prioridad del concepto normativo simplemente no es plausible.

Creo que existe una explicación —relativamente sencilla y hasta cierto punto válida— de por qué Saurabh y varios otros colaboradores de este volumen quieren poner de cabeza (desde mi punto de vista) la relación entre la norma o representación de la modernidad y su realidad empírica. Esta explicación aparece en el título del libro: “Modernidades coloniales”. No son simplemente “modernidades”: son “modernidades coloniales”; o sea, en realidad tenemos aquí dos ideas platónicas, la de la modernidad imperial de Europa, Estados Unidos y quizá Japón, y la modernidad colonial de casi todo el resto del mundo. Según Saurabh y otros autores de la colección, la modernidad de América Latina evidentemente debería ubicarse bajo el rubro de esta modernidad colonial, pero no estoy completamente convencido de este argumento. Si la mayoría de los países de América Latina logró su independencia —por lo menos formal— a principios del siglo XIX, ¿por qué consideramos que su modernidad seguía siendo “colonial” en los siglos XX y XXI?

¿Cuál es el elemento principal que distingue a las modernidades coloniales —o sea, las modernidades de las personas y los lugares que han sido colonializados por otras personas de otros lugares— de las modernidades de estas otras personas y estos otros lugares? Una posible respuesta es que las modernidades coloniales son modernidades que reciben la influencia de dos tipos de normas a la vez, mientras las modernidades no coloniales o imperiales reciben la influencia de un solo tipo de normas. Las modernidades no coloniales son influidas principalmente por las normas y los ideales de lo que podría en el mejor de los casos ocurrir en el futuro. Las modernidades coloniales, por su parte, son influidas tanto por este tipo de normas idealizadas, indefinidas y futuras, y también por las normas más rígidas y predeterminadas del pasado y presente de las sociedades imperiales. Las modernidades coloniales son sometidas ine-

vitablemente a la idea de que el futuro que deberían alcanzar (o en algunas versiones, el futuro hacia el cual no deberían andar, pero hacia cual no obstante están condenadas a andar) está predeterminado por los caminos ya tomados por las sociedades imperiales industrializadas. En este aspecto, las modernidades coloniales parecen estar condenadas a imitar las modernidades imperiales, a ser mímicos híbridos. Particularmente en el caso de las modernidades coloniales es imperativo examinar las maneras en que las normas, las articulaciones y las representaciones de lo moderno y la modernidad “dan forma y suturan al imperio, la nación, y la globalización” como dicen Saurabh y algunos de los otros autores de esta colección.

Desde mi punto de vista, sin embargo, aun en el caso de la modernidad colonial —o sea, las modernidades de las sociedades coloniales y poscoloniales— lo moderno es esencialmente un concepto sintético basado en las características empíricas de tales sociedades, un concepto en que las características nuevas y no las características tradicionales de estas sociedades son clave.

En el caso de Saurabh y algunos otros de los participantes en el volumen, creo que hay un esfuerzo claro por definir la modernidad de tal manera que uno puede dar por sentado que tiene una “esencia”. Es verdad que Saurabh y sus aliados muchas veces hablan de “las modernidades” en plural; no obstante, creo que es evidente que piensan que lo moderno o la modernidad incorpora una esencia suficiente para constituir un concepto básicamente unitario que puede ser aplicado o empleado en el análisis de la historia “reciente” de virtualmente todas las sociedades y todos los estados (distinguido claramente sólo el binario íntimo de las modernidades coloniales y no coloniales).

Si la modernidad es simplemente un concepto sintético derivado de las características empíricas de las sociedades modernas, es realmente dudoso que podemos construir una esencia conceptual única (o binaria) de lo moderno y la modernidad. Si lo moderno comprende todas las características nuevas del mundo moderno, entonces el concepto de la modernidad llega a ser tan difuso que quizá ya no constituye una categoría útil de análisis. En el mejor de los casos, el concepto entonces

tendría que ser “deconstruido” en sus diversos componentes. ¿Realmente tiene sentido hablar de lo moderno o la modernidad como una categoría única situada arriba y más allá de sus elementos clave tales como la secularización, la industrialización, el Estado-nación, el imperialismo moderno, el comunismo, la democracia, la ciencia natural experimental y cuantificada, los avances tecnológicos constantes, la burocracia, la represión de los instintos, el protestantismo, la tolerancia religiosa, la muerte de Dios, los armamentos modernos, la bomba atómica, los campos de concentración, el fin de la esclavitud, la emancipación de las mujeres, y la educación universal y universitaria? Dejo esto como pregunta.

Los ensayos de la colección que me parecen tener enfoques generalmente afines a la introducción de Saurabh son los de Enrique Dussel (“Sistema-mundo y ‘transmodernidad’”), de Walter Dignolo (“Capitalismo y geopolítica del conocimiento”), y de Saurabh mismo (“Espacios encantados y lugares modernos”). Por lo menos tienen en común un lenguaje altamente teórico y una hipótesis, implícita o explícita, de que tiene sentido hablar de lo moderno y la modernidad como si fueran conceptos únicos (o por lo menos limitados en número) que tienen una esencia y gran valor epistemológico y explicativo. Por otra parte, Dussel y Dignolo manifiestan cierto entusiasmo tercermundista que Saurabh no comparte de la misma manera.

En otros aspectos, sin embargo, los tres autores ofrecen enfoques considerablemente diferentes. No entendí bien todo lo que aparece en estos ensayos —sobre todo en el de Dignolo— pero los tres ofrecen múltiples puntos de discusión interesantes. Me parece que la virtud principal de Dussel es la de tratar de ver el papel de Europa en el escenario mundial desde una perspectiva no eurocéntrica. Dussel opera con conceptos y actores grandes —Europa, América hispana, China, India, Sudeste asiático, África, mundo musulmán, transmodernidad, posmodernidad, modernidad occidental, sistema-mundo, etc.— Uno de los argumentos más importantes es quizá su intento, derivado en parte del libro llamado *Reorient*, de Gunder Frank, por identificar una fecha cercana a 1800, y no dos o tres siglos antes, como el principio de la verdadera hegemonía mundial europea.

Por su parte, Saurabh en su ensayo opera utilizando un ejemplo muy específico y minimalista: la danza-espectáculo presentada en la inauguración de los Juegos Olímpicos en Sydney. Esta danza representaba la historia de Australia desde su pasado idílico preeuropeo, a las crueldades de la conquista, hasta las esperanzas de un presente y futuro multiculturales y armoniosos. Según Saurabh, esta “*extravaganza televisiva*” permite subrayar “la conjunción de lo encantado y lo moderno en la proyección del pasado y el presente, cuyas implicaciones son múltiples”. Por lo menos implícitamente, Saurabh critica las falsedades de las representaciones, sobre todo la romantización del pasado preeuropeo y la idealización del presente multicultural; no obstante, si Saurabh estuviera encargado de organizar esta *extravaganza*, ¿cómo lo hubiera hecho de una manera más auténtica? Esto no me queda claro. Es una pregunta.

Quiero terminar esta discusión comentando sólo dos ensayos de la colección que me parecen particularmente buenos. Me refiero al ensayo de Rubén Chuaqui (“Orientalismo, antiorientalismo, relativismo”) y al ensayo de Madhu Dubey (“Geografías posmodernas”). Chuaqui toma como punto de partida el famoso libro de Edward Said, *El orientalismo*. Como Chuaqui indica, algunos de los argumentos de Said pueden prestarse para apoyar el relativismo cultural típico del posmodernismo. Según este relativismo posmoderno, si cada cultura es radicalmente distinta y tiene sus propias formas de pensar y de concebir el mundo, y si sólo las personas criadas en estas culturas pueden entenderlas bien —o sea en forma auténtica—, entonces no hay manera de que una persona ajena puede entender, y mucho menos evaluar, otras culturas y sus instituciones sociales y culturales (o sea las culturas que no son suyas). De tal manera, se puede alegar que las únicas críticas válidas a las creencias y prácticas de las culturas son las que provienen de su propio seno, y quizá ni estas críticas pueden ser válidas si van en contra de las ideologías dominantes de las mismas culturas.

Chuaqui indica de manera convincente cómo este relativismo posmoderno está esencialmente equivocado, y ofrece ejemplos de casos concretos en los cuales podemos entender (con ciertos límites) las experiencias radicalmente diferentes de otras

personas: por ejemplo cómo los hombres pueden entender las experiencias femeninas de las mujeres y las mujeres las experiencias masculinas de los hombres. Como dice Chuaqui: “Creo que las culturas ajenas son cognoscibles, con quizás algunos residuos de incognoscibilidad. Lo mismo pienso de las creencias ajenas, pese a lo problemático de abordarlas.”

El ensayo de Madhu Dubey versa sobre la romantización de la cultura rural del sur estadounidense por intelectuales africano-norteamericanos y sus simpatizantes blancos. En parte creo que el éxito del ensayo dimana del hecho de que Dubey reduce el contraste entre lo moderno y lo no moderno al contraste concreto, pero estereotípico, entre la cultura nortea urbana y la cultura sureña rural. El norte, según el modelo ideológico que impera entre los intelectuales actuales, es donde los africano-norteamericanos experimentan la residencia urbana, la falta de comunidad, de ligas emocionales a la tierra, etc. Su visión romántica del sur rural insisten las ligas con la tierra y en el sentimiento fuerte de comunidad y de cultura compartida. Dubey indica que esta demonización del norte y romantización del sur pasa por alto elementos importantes de las realidades de la vida en el norte y en el sur; sin embargo, también reconoce que la romantización reciente del sur representa un intento por encontrar alternativa a los efectos negativos de la “modernización” que han sufrido las comunidades africano-americanas en las ciudades nortea. Dubey ofrece la siguiente conclusión: “Cuando se identifican las alternativas críticas a la modernización con modos residuales que pretendidamente operan fuera de la lógica de la modernidad, es muy difícil imaginar cuáles serían las relaciones mediadas entre diferentes dominios y afiliaciones que se requerirían para un cambio social progresivo.”

Saurabh Dube, Ishita Banerjee y Walter Mignolo han construido un volumen bien considerado y provocativo sobre las modernidades coloniales y no coloniales que experimentamos como una realidad ineludible del mundo en que vivimos, no importa cómo las interpretemos.